



## Capítulo 3

# UNA VISIÓN BINOCULAR

## PSICOANÁLISIS Y FILOSOFÍA



FONDO  
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

*Una visión binocular. Psicoanálisis y filosofía*

Bárbara Bettocchi y Raúl Fatule  
(editores)

© Bárbara Bettocchi y Raúl Fatule, 2014

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: setiembre de 2014

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,  
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 978-612-317-023-3

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2014-12321

Registro del Proyecto Editorial: 31501361400772

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## FICCIONES EPISTÉMICAS O UTENSILIOS HERMENÉUTICOS: ACERCA DEL ESTATUS DE LOS CONCEPTOS PSICOANALÍTICOS<sup>1</sup>

*Marcos Herrera Burstein*

### INTRODUCCIÓN - UNA VIÑETA CLÍNICA

Quienes hemos aprendido la práctica del psicoanálisis o de la psicoterapia psicoanalítica hemos tenido durante nuestra formación que familiarizarnos con una vasta colección de conceptos como *inconsciente, defensa, pulsión, proceso primario y secundario, narcisismo, súper yo, envidia, buen objeto interno, ambivalencia, espacio transicional, continente-contenido*, etcétera. Tales conceptos, que podemos en general denominar *conceptos psicoanalíticos*, han sido desarrollados a lo largo de más de 100 años por Freud y por pensadores posfreudianos de diferentes escuelas, como Hartmann, Klein, Winnicott, Bion, Kohut, Lacan, entre muchos otros. Una rápida revisión de algunos de los diccionarios de psicoanálisis actualmente disponibles (Laplanche & Pontalis, 1967; Roudinesco & Plon, 2000; De Mijolla, 2002) puede darnos una idea de su cantidad y diversidad.

Dichos conceptos (o al menos una parte de ellos, de acuerdo a nuestra orientación teórica particular) han pasado luego a constituir el marco

---

<sup>1</sup> Versiones preliminares de este trabajo fueron presentadas en el XXVI Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis-Fepal (Lima, octubre de 2006) y en el Congreso «Afectos y Angustias del Siglo XXI» del Centro de Psicoterapia Psicoanalítica de Lima (Lima, setiembre de 2008).

de referencia a partir del cual escuchamos y tratamos de comprender lo que nuestros pacientes nos dicen en el consultorio. Se han vuelto, así, compañeros de nuestro quehacer cotidiano; estamos acostumbrados a su presencia y nos hacen sentir tranquilos y seguros. Por este motivo el ejercicio que propongo a los lectores de este trabajo, en particular si son psicoanalistas o psicoterapeutas psicoanalíticamente orientados, puede resultar extraño e incluso despertar desconfianza. Se trata de tomar a estos familiares acompañantes y, por un momento, tomar distancia de ellos, examinándolos bajo la lupa y preguntándonos qué son, para qué nos sirven, en qué nos ayudan, pero también cuáles son sus limitaciones y sus riesgos. Hay un peligro en esto, pues tal vez luego de este examen ya no podamos verlos como lo hacíamos y ya no podamos sentirnos tan seguros como antes en su compañía. Pero también puede haber un beneficio, pues al reconocer sus limitaciones podremos también valorar de manera más realista lo que sí pueden hacer por nosotros.

Como punto de partida de esta reflexión tomaré una viñeta de mi propia práctica clínica. Un paciente de veintiséis años, al que llamaré Cristóbal, y que había buscado tratamiento psicoanalítico por las grandes dificultades que experimentaba en sus relaciones con las personas, me cuenta en una sesión lo siguiente: «El otro día estaba con ganas de regalarle a mi enamorada una falda rosada, pero de ese rosado vivo, alegre, que está de moda ahora. A mí me gustan los colores vivos, el movimiento, tal vez porque soy una persona triste, siempre he sido triste, y necesito a mi lado a una persona alegre». Yo le comenté aquí que tal vez él sentía que esa persona alegre podía darle su alegría a él. Cristóbal respondió: «Sí, pero ese es el problema siempre conmigo, son los celos que tengo, porque no puedo recibir la alegría de la otra persona, porque me lleno de cólera porque la otra persona está alegre y yo no, y en lugar de alegrarme, por los celos termino diciendo algo desagradable y malogrando la situación».

Estas palabras de Cristóbal evocaron en mí en ese momento el concepto kleiniano de la *envidia del pecho* o de la *envidia del objeto bueno*, es decir la idea de que no puedo recibir lo que el otro tiene, aunque sea

algo bueno, pues el solo hecho de que él tenga algo que yo no tengo me llena de rabia. Recordé así que Klein plantea la idea, que puede resultar bastante extraña para quienes no están familiarizados con su pensamiento, de que el lactante experimenta en ocasiones una envidia destructiva hacia el pecho que lo alimenta, por el simple hecho de ser bueno y de tener algo para darle que él no posee; y que esa envidia hace que el bebé desee que el pecho se destruya, aun cuando él se quede sin nada (1958; Segal, 1979). Sin considerarme necesariamente un psicoanalista de orientación kleiniana, me pareció en ese momento de dicha sesión que este concepto me permitía dar sentido a la vivencia de mi paciente. Entonces, buscando una formulación apropiada para transmitirle esta idea, le dije a Cristóbal que él debía sentirse como alguien que tenía sed y cuyo vaso estaba vacío, pero que si venía una persona con una jarra llena de agua a llenar su vaso, él no podía aceptar el agua, porque se llenaba de rabia de que fuese la otra persona la que tenía la jarra con agua y no él. Al decirle eso, Cristóbal reaccionó riendo quedamente, como descubierto, y asintió. Yo agregué entonces que él hasta llegaba a preferir que al otro se le rompa en pedazos la jarra y se caiga toda el agua, aunque él se quedase con sed, con tal de que ese otro no tenga algo que él no tenía. Cristóbal respondió: «eso es lo que siempre me ha pasado, exactamente eso, desde chiquitito, esos celos, que hacían que no pudiese aprender nada de nadie, que no pudiese alegrarme con las cosas de los otros, así es como siempre me he sentido, lleno de estos celos y de esta envidia, y sin poder aceptar las cosas que los otros me podían dar». Hay que indicar que esta metáfora de la jarra de agua jugó un papel importante en el desarrollo posterior de este tratamiento psicoanalítico y fue traída ocasionalmente por el propio Cristóbal para poder verbalizar el hecho de que con el tiempo fue sintiéndose más capaz de tolerar esa rabia y poder recibir así cosas buenas de los otros<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Un problema técnico interesante, pero que va más allá de los límites de este trabajo, es el por qué Cristóbal sí fue capaz, en aquella sesión, de recibir de mí esta interpretación.

## **¿QUÉ SON Y PARA QUÉ NOS SIRVEN LOS CONCEPTOS PSICOANALÍTICOS?**

Situaciones como esta son familiares para cualquier psicoanalista o psicoterapeuta psicoanalítico. El paciente nos cuenta algo y de pronto sentimos que descubrimos algunas conexiones y en nuestra mente el material se reorganiza, cobra una nueva forma, un sentido diferente. Pero este sentido tiene además una cualidad particular: el principal involucrado, el paciente, no se da cuenta de él, no lo reconoce como propio, o como solemos decir, es inconsciente. Este aspecto interpretativo de nuestra labor ha hecho que el psicoanálisis haya sido considerado ya desde hace un buen tiempo por autores como Ricœur (1965), Habermas (1968) o Lorenzer (1973), o más recientemente por Thomä y Kächele (1996, pp. 14 y 24), como una forma de hermenéutica, es decir como una técnica interpretativa. Claro que el objeto de esta hermenéutica no es un texto escrito, sino un discurso vivo, que además está dirigido al psicoanalista o psicoterapeuta, y se da en el contexto de la experiencia emocional que el paciente tiene en el vínculo con él.

En mi opinión, es en el marco de esta tarea hermenéutica que encuentran su función los conceptos psicoanalíticos. Para eso sirven: nos ayudan a dar sentido. Son una suerte de moldes o patrones que están flotando en nuestra mente mientras escuchamos al paciente y nos ayudan a conectar elementos en el material que este nos trae, reordenándolos en una configuración nueva. Y no es necesario, como en el ejemplo, que los reconozcamos explícitamente y que los nombremos para que cumplan esa función: igual están allí, haciendo su trabajo silencioso de orientar nuestra atención en una dirección o en otra. Podemos decir entonces que los conceptos psicoanalíticos juegan el rol de «utensilios hermenéuticos» en la labor interpretativa del psicoanalista o del psicoterapeuta psicoanalítico.

## ¿PUEDEN LOS CONCEPTOS PSICOANALÍTICOS CONSTITUIR UNA TEORÍA DE LA MENTE?

No obstante, el psicoanálisis ha tenido, desde sus inicios en la obra de Freud, una pretensión adicional: que este valor de los conceptos psicoanalíticos para el trabajo hermenéutico clínico constituye automáticamente una confirmación de que tales conceptos pueden constituir una *teoría de la mente* válida. ¿A qué nos referimos con esta expresión? Podemos definir provisionalmente una *teoría de la mente* como un recuento más o menos coherente de estructuras, representaciones y procesos mentales que atribuimos a los seres humanos en general para explicar por qué actúan, sienten o piensan como lo hacen. Lo específico de la teoría psicoanalítica de la mente sería que una parte muy importante de tales estructuras, representaciones y procesos mentales son inconscientes.

Ahora bien, en uno de los libros más importantes y desafiantes que se ha escrito sobre las condiciones y los límites del conocimiento psicoanalítico, el psicoanalista norteamericano Spence ha llamado nuestra atención acerca de un hecho fundamental, pero acerca de cuyas consecuencias quizás no hemos reflexionado lo suficiente. Es el hecho de que la utilidad de los conceptos psicoanalíticos en el trabajo hermenéutico o interpretativo con nuestros pacientes, es decir, su contribución a lo que el autor denomina *verdad narrativa*, no constituye de por sí una evidencia a favor de su validez dentro de una teoría de la mente (1982). El que un determinado concepto nos sea útil para dar sentido al material del paciente no constituye necesariamente una prueba de que las estructuras, procesos o representaciones que dicho concepto denote se encuentren efectivamente en la mente de los seres humanos en general.

El problema radica en que no hay nada que garantice el salto de la labor hermenéutica en el consultorio a la construcción de una teoría de la mente y de su desarrollo. Puedo, así, dar evidencias de que el concepto kleiniano de la envidia del pecho me resultó útil como psicoanalista para dar sentido al material de Cristóbal en la sesión referida, y de que el empleo

de dicho concepto fue fructífero para la marcha de ese proceso psicoanalítico. Pero este hecho mismo no puede ser tomado sin más como una evidencia confirmatoria de que la envidia del pecho es un sentimiento que está presente en la mente de todos los seres humanos y mucho menos como una evidencia confirmatoria de la idea kleiniana de que todos los lactantes en sus primeros meses de vida experimentan dicho sentimiento en relación al pecho de su madre. Este autor señala en ese sentido, tomando un concepto de Reichenbach (1938, citado por Spence, 1982, p. 33), que esto equivale a confundir el contexto de *descubrimiento* con el contexto de *justificación*.

Usando la conocida distinción de Dilthey entre el ‘comprender’ (*verstehen*) y el ‘explicar’ (*erklären*)<sup>3</sup>, debemos diferenciar claramente las dos tareas siguientes: una es la tarea de *comprender* a nuestros pacientes en el marco de un proceso psicoanalítico; la otra es la tarea de *explicar* el funcionamiento mental del ser humano en general. Lo que se cuestiona aquí es que el valor hermenéutico de los conceptos psicoanalíticos para la primera tarea, que es la de develar motivaciones inconscientes con el fin de *comprender* a cada uno de nuestros pacientes, pueda contar automáticamente como la validación de la existencia, en la mente, de las entidades que estos conceptos denotan, en el marco de la segunda tarea, que es la de *explicar* el funcionamiento mental del ser humano en general.

### ¿QUÉ SE NECESITA PARA QUE LOS CONCEPTOS PSICOANALÍTICOS FORMEN PARTE DE UNA TEORÍA DE LA MENTE?

Ahora bien, ¿qué tipo de evidencia se necesitaría para poder postular entidades (estructuras, procesos) en la mente? Creo que la respuesta a esta pregunta es, simplemente, el mismo tipo de evidencia que se requiere para declarar la existencia de cualquier tipo de entidades (estructuras, procesos)

---

<sup>3</sup> «Die Natur erklären wir, das Seelenleben verstehen wir» («Explicamos la naturaleza, comprendemos la vida psíquica») (Dilthey, 1894, citado por Lorenzer, 1973, p. 69; la traducción es mía).

en cualquier otra área del conocimiento. Si un astrónomo sostiene que un planeta con características similares a las de la tierra orbita alrededor de una determinada estrella, ofrecerá evidencias para su afirmación, por ejemplo, que hay variaciones en la luz emitida por esa estrella que serían producidas por la sombra de dicho planeta al pasar frente a ella. Si un geólogo sostiene que las rocas que se encuentran en la cima de una montaña alguna vez formaron parte del suelo marino, ofrecerá evidencias para su afirmación, por ejemplo, la presencia en esas rocas de fósiles de animales marinos ya extintos. Si un neurólogo sostiene que cierta región del cerebro existen estructuras neuronales involucradas en la realización de una determinada actividad cognitiva, ofrecerá evidencias para su afirmación, por ejemplo, que una lesión en dicha área efectivamente compromete dicha actividad. Si un historiador sostiene que dos culturas precolombinas geográficamente distantes tuvieron contacto entre sí, ofrecerá evidencias para su afirmación, por ejemplo, restos arqueológicos de una de estas culturas en los que se encuentren ceramios de la otra.

Una creencia muy expandida entre los psicoanalistas es que nosotros también estamos en condiciones de ofrecer este tipo de evidencias para nuestras teorías. Y señalamos entonces ejemplos tomados de sesiones psicoanalíticas como el que presenté anteriormente para apoyar nuestras hipótesis de que en la mente humana se encuentran presentes determinadas representaciones, estructuras y procesos. Sin embargo, existe un problema muy importante con ese tipo de evidencia. Es un problema del que lamentablemente muchos miembros de la comunidad psicoanalítica todavía no son conscientes, a pesar de que desde hace algún tiempo muchas voces dentro del gremio lo han señalado. El problema consiste en que el material clínico tomado de las sesiones que tenemos con nuestros pacientes no nos permite discernir con claridad qué entidades (representaciones, estructuras, procesos) podemos postular en la mente y cuáles no. Así como yo he podido ofrecer material clínico a favor del concepto de la envidia del objeto bueno, otro psicoanalista que tenga un marco teórico diferente puede ofrecer material clínico

que mostraría que tal concepto es innecesario. Y de hecho eso es lo que ha estado ocurriendo en nuestro campo desde sus inicios.

Otra creencia muy difundida en la comunidad psicoanalítica desde el propio Freud, y que está estrechamente vinculada con esta problemática, es la de que el método clínico psicoanalítico constituiría una suerte de instrumento de observación objetivo, como una especie de telescopio, solo que este no apuntaría a regiones alejadas del universo, sino a las profundidades de la psique humana; y que con dicho instrumento se podrían realizar observaciones que permitirían confirmar o refutar teorías sobre la mente y, por tanto, ir paulatinamente construyendo un cuerpo de conocimientos objetivamente validados, similar al de cualquier otra ciencia.

Esta situación es en parte el producto de la autopercepción que el psicoanálisis ha tenido sobre sí mismo desde sus orígenes. Se ha señalado así que Freud desde un principio enfatizó el carácter de ciencia natural que para él tenía el psicoanálisis, demarcándolo, de este modo, de disciplinas humanísticas como la filosofía o la literatura (Starobinsky, 1973; Assoun, 1976; Hemecker, 1991; Herrera, 1999). Un ejemplo muy ilustrativo de esta autopercepción lo encontramos en la primera sección de *Lo inconsciente* (1915), en la que Freud presenta su tesis de la existencia de un psiquismo inconsciente como un resultado de la investigación empírica, en contraposición a la tesis que identifica *psiquismo* y *conciencia*, a la que considera más bien como una petición de principio (por tanto, más bien una tesis filosófica). Igualmente en su *Esquema del psicoanálisis* (1938), Freud sostiene que es justamente la concepción de un psiquismo inconsciente la que ha permitido que la psicología devenga una ciencia natural.

Esta autopercepción del psicoanálisis como una ciencia natural y la del método psicoanalítico como un instrumento objetivo de observación han sido cuestionadas ya desde hace bastante tiempo. Así, Ricœur señala que el psicoanálisis no es realmente, como creía Freud, una ciencia de la observación, sino una ciencia de la interpretación (1965). Y Habermas

habla de un *malentendido cientista* en Freud (1968). En su opinión, debido a su formación en la ciencia natural positivista de su tiempo, Freud no pudo dejar de concebir su creación, el psicoanálisis, como una ciencia natural, y no se dio cuenta de que al desarrollar esta disciplina había abandonado la ciencia natural para crear algo nuevo, que no tenía lugar en el universo cientista de su época, es decir, una hermenéutica orientada a revelar conexiones inconscientes en el discurso del paciente (Herrera, 1999). Hay que subrayar igualmente que esta ilusión, que los mismos psicoanalistas hemos mantenido por mucho tiempo, de que el método psicoanalítico de por sí constituye un instrumento de observación objetivo que puede permitir de manera autónoma el desarrollo de teorías válidas sobre la mente, actualmente ya no es compartida por todos los psicoanalistas. Por el contrario, en la última década importantes voces dentro de la comunidad psicoanalítica internacional vienen subrayando la necesidad de la investigación empírica independiente para la validación de los resultados obtenidos con el método clínico psicoanalítico (Leuzinger-Bohleber, Dreher & Canestri, 2003; Jiménez, 2004; Leuzinger-Bohleber, Deserno & Hau, 2004; Bucci, 2005; Greenspan & Shanker, 2005; Jiménez, 2006).

Es fundamental, además, que los miembros de la comunidad psicoanalítica tomemos conciencia de que aquellas disciplinas que suelen recibir el nombre de *ciencias*, como la física, la biología, la lingüística o la historia, cuentan con procedimientos, aceptados consensualmente por los investigadores, para dirimir entre hipótesis, que compiten en la explicación de un fenómeno determinado y, por tanto, para evaluar la verosimilitud de la existencia de las entidades (estructuras, procesos) que tales hipótesis explicativas postulan. Son dichos procedimientos consensualmente aceptados los que permiten que dichas ciencias se hayan constituido como actividades colectivas en las que, como a veces se suele afirmar, «uno mira parado sobre los hombros de otro». Es verdad que nunca se alcanza un grado absoluto de objetividad y que existe un rango importante para la variación subjetiva en la interpretación de los resultados

de las investigaciones empíricas en todos los campos. Pero dichos procedimientos consensuales ponen un límite a dicha variación subjetiva. Es ese límite el que parece haber estado faltando en la teorización psicoanalítica.

Como ha mostrado claramente Bernardi (2002), en el campo psicoanalítico no contamos con procedimientos consensuales que nos permitan resolver nuestras diferencias. Un resultado de esta situación es el crecimiento hipertrófico de los conceptos psicoanalíticos. No hay límite para las representaciones, procesos o estructuras que podemos afirmar en el ejercicio de la teorización psicoanalítica sobre la mente. Esta situación tiene dos efectos muy negativos, uno interno y otro externo. El efecto interno, por un lado, es que hacia adentro de la comunidad psicoanalítica no somos capaces de lograr consensos, de modo que no llegamos a constituirnos como una comunidad científica, como una empresa colectiva que busca el conocimiento en un campo específico. La teorización psicoanalítica continúa siendo, en mucho, la creación de pensadores individuales independientes, varios sin duda brillantes, pero los que, si bien alcanzan en muchos casos a influirse mutuamente, no llegan a constituir, como en el caso de las ciencias mejor establecidas, una comunidad de investigadores que trabajan de manera cooperativa y coordinada para alcanzar metas compartidas. El efecto externo de esta situación, por otro lado, es que tenemos poca credibilidad ante otras comunidades científicas que sí poseen tales procedimientos consensuales acerca de cómo avanzar en la tarea de obtener conocimientos válidos en su campo.

A pesar de todo lo anterior, quienes trabajamos psicoterapéuticamente con un enfoque psicoanalítico somos testigos, en nuestra práctica cotidiana, de la utilidad de los conceptos psicoanalíticos en la tarea de comprender la experiencia emocional de nuestros pacientes. ¿Es verosímil pensar que esto pueda ser así, sin que al mismo tiempo dichos conceptos posean un correlato en la realidad psíquica, esto es, en la mente de las personas? ¿Es posible que tales conceptos nos permitan aprehender de manera tan penetrante matices sutiles y profundos de la vida afectiva de las personas

con las que trabajamos, y que, al mismo tiempo, las representaciones, estructuras y procesos mentales que tales conceptos presuponen no tengan ninguna realidad más allá de nuestros consultorios? Es algo poco probable. Pero precisamente por eso, ¿por qué tendría que ser tan difícil obtener evidencia independiente, es decir, proveniente de fuentes distintas del encuentro clínico con los pacientes, a favor de tales construcciones teóricas?

¿Qué disciplina podría encargarse de la tarea de tratar de obtener esa evidencia independiente, que el psicoanálisis, entendido como una práctica clínica psicoterapéutica, no está en condiciones de alcanzar por sí mismo? La respuesta está a la mano: tendría que ser aquella misma disciplina que se plantea como meta la construcción de una teoría general sobre la mente y que se preocupa por obtener evidencia empírica para la misma. Me refiero a la psicología académica. Esta podría brindarnos los procedimientos necesarios para evaluar si las representaciones, estructuras y procesos que los conceptos psicoanalíticos pretenden designar pueden formar parte de una teoría de la mente, en otras palabras, si tales representaciones, estructuras y procesos poseen un correlato objetivo que va más allá de las interpretaciones que ofrecemos a nuestros pacientes.

Pero un tema clave que hay que discutir aquí es el de la llamada *operacionalización* de tales conceptos. La psicología académica establece procedimientos muy rigurosos respecto a qué conceptos son aceptables dentro de la investigación científica de la mente y cuáles no, y un criterio fundamental para ello es que sean *operacionalizables*, es decir, que puedan ser traducidos a operaciones específicas como experimentos o instrumentos psicométricos. Lamentablemente, buena parte de los conceptos psicoanalíticos no logran superar esta prueba. Esto suele verse como un resultado que cuestiona tales conceptos. Pero también podría, inversamente, verse como un resultado que cuestiona tales exigencias. Es posible que requisitos demasiado restrictivos para la operacionalización de los conceptos no estén permitiendo a la psicología académica capturar aspectos muy importantes del funcionamiento mental de los seres humanos, que sí logran ser aprehendidos por los conceptos psicoanalíticos.

Hay que señalar, en ese sentido, que la conformidad estricta con determinadas exigencias metodológicas y epistemológicas no es ninguna garantía de alcanzar un conocimiento válido. Un muy buen ejemplo de esto es el fracaso del programa conductista de una ciencia experimental del comportamiento humano, en particular para dar cuenta de un área central de la cognición humana como es el lenguaje. Desde un punto de vista metodológico y epistemológico, el programa conductista era impecable y ofrecía la posibilidad de establecer por primera vez a la psicología de manera clara como una ciencia natural, dejando de lado para siempre las vagas e imprecisas explicaciones *mentalistas*, que son aquellas explicaciones que postulan estructuras y procesos mentales internos, no observables (Skinner, 1953-1977). Pero sus resultados al tratar de dar cuenta de la capacidad humana del lenguaje dejando de lado las explicaciones mentalistas (1957) fueron totalmente insuficientes, como lo mostró Chomsky (1959) hace ya medio siglo. Con el advenimiento de la ciencia cognitiva, los investigadores del comportamiento humano cobraron conciencia de que alcanzarían explicaciones más satisfactorias del mismo si recurrían a conceptos mentalistas, aun cuando estos no fueran tan claramente operacionalizables como los conceptos que podían definirse en términos de correlaciones entre estímulos, respuestas y patrones de reforzamiento.

Es indispensable, en ese sentido, promover un diálogo entre la teorización psicoanalítica de la mente, por un lado, y la psicología académica, por el otro, que logre superar los arraigados prejuicios que existen desde hace décadas entre ambas. Estoy convencido de que la teorización psicoanalítica sobre la mente puede ofrecer a la psicología académica conceptos valiosos e interesantes para dar cuenta de aspectos muy importantes del funcionamiento cognitivo y emocional de los seres humanos. Para ello es necesaria, sin embargo, una tarea previa desde el campo psicoanalítico, que sería el identificar aquellos conceptos que podrían prestarse mejor para ser asimilados por la metodología de investigación de la psicología académica, y formularlos del modo más claro y preciso posible para facilitar su operacionalización. Y por el lado

de la psicología académica, sería necesario revisar y flexibilizar los criterios de operacionalización, en particular reflexionando acerca de cuáles son realmente necesarios para una ciencia de la mente, y cuáles provienen, más bien, de supuestos epistemológicos y ontológicos no explicitados y que son más bien deudores de concepciones filosóficas sesgadas y actualmente cuestionadas, como el positivismo o el reduccionismo fiscalista. Trabajando de esta manera desde ambas orillas, tal vez se pueda, con el tiempo, tender un puente entre ambos campos, lo que permitiría un progreso significativo en el conocimiento de importantes aspectos del funcionamiento mental que han sido descuidados por la psicología académica por no prestarse fácilmente a una investigación restringida por criterios metodológicos y epistemológicos demasiado estrechos<sup>4</sup>.

Es importante señalar, por otro lado, que si se obtiene de este modo evidencia independiente de que conceptos como *pulsión*, *defensa*, *narcisismo*, *objeto bueno*, *espacio transicional*, etcétera deben formar parte de una caracterización satisfactoria del funcionamiento mental de los seres humanos, entonces tales conceptos dejarán de ser propiamente psicoanalíticos y sencillamente pasarán a formar parte de la teoría de la mente en general, es decir, de la psicología general. El adjetivo *psicoanalítico* podrá seguir usándose para señalar que tales conceptos surgieron inicialmente a partir de la psicoterapia psicoanalítica o en el marco de la teorización desarrollada en la tradición de los pensadores psicoanalíticos, pero epistemológicamente no habría nada en ellos que los diferencie de los demás conceptos de la psicología general. Esto puede resultar incómodo para aquellos que otorgan un valor especial a la existencia de un cuerpo de conocimientos independiente que sería propio al psicoanálisis. Pero este punto de vista, para el cual el conocimiento psicoanalítico se reduce a una ideología, termina convirtiendo al psicoanálisis, como observa acertadamente el Cremerius (1995), en una comunidad que se organiza en torno a una creencia (*Glaubensgemeinschaft*). En contra de dicha concepción,

---

<sup>4</sup> Este programa de investigación debe incluir también el importante diálogo con las neurociencias, que ya encontramos en el neuropsicoanálisis contemporáneo.

considero que el psicoanálisis es fundamentalmente una práctica, y que dicha práctica no tiene por qué ir de la mano con la existencia de una teoría de la mente separada del resto de la psicología. Si podemos mostrar que los conceptos psicoanalíticos nos permiten formular explicaciones satisfactorias acerca de por qué los seres humanos pensamos, sentimos y actuamos como lo hacemos, entonces tales conceptos deberían pasar a formar parte de la psicología entendida como la teoría general de la mente.

### ¿QUÉ SON ENTONCES LOS CONCEPTOS PSICOANALÍTICOS?

Pero mientras no dispongamos de dicha evidencia independiente nos encontramos en una situación paradójica: tenemos, por un lado, una colección de conceptos valiosos y útiles para la tarea hermenéutica de dar sentido a lo que nuestros pacientes nos dicen, pero, por otro lado, carecemos de evidencia independiente de que tales conceptos tengan un correlato en la mente de los seres humanos en general ni en el desarrollo de esa mente en el niño. ¿Qué serían entonces los conceptos psicoanalíticos? ¿Cómo considerar a las hipotéticas entidades que tales conceptos postulan en la mente humana?

Siendo honestos y realistas, creo que lo único que nos queda por decir es que, en el estado actual de nuestros conocimientos, los conceptos psicoanalíticos son ficciones. Son ficciones cuyo propósito no es estético, sino explicativo. Por esta razón pienso que sería adecuado llamarlos *ficciones epistémicas*. Son ficciones epistémicas que nos ayudan en nuestra tarea hermenéutica de comprender al otro. Quizás a alguno le parezca ofensiva tal formulación, porque decir que los conceptos psicoanalíticos son ficciones parece lo mismo que decir que tales conceptos son invenciones y engaños, que son falacias. No estoy de acuerdo. Personalmente no tengo ningún problema con la idea de que los conceptos psicoanalíticos sean, al menos provisionalmente, ficciones, ya que no encuentro nada peyorativo en ese término. El estatus ficcional de estos conceptos puede caracterizarse del siguiente modo: al utilizar, por ejemplo, el concepto kleiniano de

envidia del pecho para dar sentido a los sentimientos y pensamientos de mi paciente Cristóbal, yo me comprometo provisionalmente a hacer *como si* tal tendencia a atacar al objeto que nos da algo bueno por no tolerar que este posea algo de lo que carecemos existiese en la mente de mi paciente, en mi mente y en la de otras personas, o *como si* esta tendencia se encontrase presente en el lactante en relación al pecho materno. Generalizando esta idea al uso de los conceptos psicoanalíticos en general diremos que al usarlos con fines hermenéuticos en el trabajo interpretativo con los pacientes hacemos un compromiso provisional respecto a la realidad de las entidades psíquicas que dichos conceptos presuponen, mientras, al mismo tiempo, reconocemos su carácter ficcional en el plano de la construcción de una teoría de la mente apoyada en evidencias empíricas independientes.

Como comentario final me parece importante subrayar lo siguiente: a pesar de estas limitaciones de la forma de conocimiento psicoanalítica, no conozco hasta ahora otra escuela de pensamiento en psicología o en psicoterapia que ponga a nuestra disposición conceptos más adecuados para llevar a cabo la tarea hermenéutica de interpretar y dar sentido a las vivencias de nuestros pacientes. Personalmente no tengo dificultad en aceptar el hecho de que otras escuelas psicoterapéuticas pueden proponernos conceptos mejor fundamentados de acuerdo con la metodología científica estándar. Pero cuando me encuentro frente a una persona que me habla de su vida, de su historia personal y de su sufrimiento psíquico, siento que los conceptos de esas escuelas me sirven muy poco para comprenderla, para dar sentido a sus vivencias y al proceso emocional que se da entre ella y yo, y finalmente, lo que es lo más importante, me sirven muy poco para ayudarla. Los conceptos psicoanalíticos, esas ficciones epistémicas, siguen siendo, a mi modo de ver, los más fructíferos para la realización de esa tarea. Y no debemos olvidar en ese sentido, siguiendo a Goethe, que «solo lo que es fructífero es verdadero» (citado por Spence, 1982, p. 164; la traducción es mía)<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> «*Was fruchtbar ist, allein ist wahr*».

## BIBLIOGRAFÍA

- Assoun, Paul-Laurent (1976). *Freud, la philosophie et les philosophes* [*Freud, la filosofía y los filósofos*]. París: PUF.
- Bernardi, Ricardo (2002). The Need for True Controversies in Psychoanalysis: The Debates on Melanie Klein and Jacques Lacan in the Rio de la Plata. *International Journal of Psychoanalysis*, 83, 851-73 [La necesidad de verdaderas controversias en psicoanálisis. Los debates sobre M. Klein y J. Lacan en el Río de la Plata. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 2003, 97, 113-158].
- Bucci, Wilma (2005). Process Research [Investigación del proceso]. En Ethel Person, Arnold Cooper y Glen Gabbard (eds.), *Textbook of Psychoanalysis* [Libro de texto de psicoanálisis] (pp. 317-334). Washington: American Psychiatric Publishing.
- Chomsky, Noam (1959). A Review of B. F. Skinner's *Verbal Behavior* [Una revisión de la *Conducta verbal* de B. F. Skinner]. *Language*, 35(1), 26-58.
- Cremerius, Johannes (1995). Die Zukunft der Psychoanalyse [El futuro del psicoanálisis]. En *Die Zukunft der Psychoanalyse* (pp. 9-55). Fráncfort del Meno: Suhrkamp.
- De Mijolla, Alain (2002). *Dictionnaire international de la psychanalyse* [*Diccionario internacional del psicoanálisis*]. París: Calmann-Lévy.
- Freud, Sigmund (1915). *Das Unbewußte*. En *Gesammelte Werke*. Tomo 10. Fráncfort del Meno: Fischer [*Lo inconsciente*. En *Obras completas*. Tomo 2. Madrid: Biblioteca Nueva].
- Freud, Sigmund (1972[1938]): *Abriß der Psychoanalyse*. Fráncfort del Meno: Fischer [*Compendio del psicoanálisis*. En *Obras completas*. Tomo 3. Madrid: Biblioteca Nueva].
- Greenspan, Stanley & Stuart Shanker (2005). Developmental Research [Investigación del desarrollo]. En Ethel Person, Arnold Cooper y Glen Gabbard (eds.), *Textbook of Psychoanalysis* [*Libro de texto de psicoanálisis*] (pp. 335-360). Washington: American Psychiatric Publishing.

- Habermas, Jürgen (1968). *Erkenntnis und Interesse* [Conocimiento e interés].  
Fráncfort del Meno: Suhrkamp.
- Hemecker, Wilhelm (1991). *Vor Freud. Philosophisch-geschichtliche Voraussetzungen  
der Psychoanalyse* [Antes de Freud. Presupuestos filosófico-históricos del  
psicoanálisis]. Múnich: Philosophia.
- Herrera, Marcos (1999). El psicoanálisis y la ciencia natural. Comentarios a un  
malentendido. En María Rosa Fort y Moisés Lemlij M. (eds.), *En el  
umbral del milenio*. Volumen I (pp. 243-247). Lima: Promperú-Sidea.
- Jiménez, Juan Pablo (2004). Validez y validación del método psicoanalítico  
(alegato sobre la necesidad de pluralismo metodológico y pragmático  
en psicoanálisis). *Revista Chilena de Psicoanálisis*, 21(2), 176-189.
- Jiménez, Juan Pablo (2006). After Pluralism: Towards a New, Integrated  
Psychoanalytic Paradigm [Después del pluralismo: hacia un  
nuevo e integrado paradigma psicoanalítico]. *International Journal  
Psychoanalysis*, 87, 1487-1508.
- Klein, Melanie (1958[1957]). *Envy and Gratitude* [Envidia y gratitud]. En *Envy  
and Gratitude and Other Works* [Envidia y gratitud y otros trabajos]  
(pp. 178-234). Londres: Virago Press.
- Laplanche Jean & Jean-Bertrand Pontalis (1967). *Vocabulaire de la psychanalyse*  
[Diccionario de psicoanálisis]. París: Presses Universitaires de France.
- Leuzinger-Bohleber, Marianne, Heinrich Deserno & Stephan Hau (2004).  
*Psychoanalyse als Profession und Wissenschaft. Die psychoanalytische  
Methode in Zeiten wissenschaftlicher Pluralität* [Psicoanálisis como  
profesión y ciencia. El método psicoanalítico en tiempos de pluralidad  
científica]. Stuttgart: Kohlhammer.
- Leuzinger-Bohleber, Marianne, Anna U. Dreher & Jorge Canestri (eds.)  
(2003). *Pluralism and Unity? Methods of Research in Psychoanalysis*  
[¿Pluralismo y unidad? Métodos de Investigación en Psicoanálisis].  
Londres: International Psychoanalytic Association.

- Lorenzer, Alfred (1973). *Sprachzerstörung und Rekonstruktion. Vorarbeiten zu einer Metatheorie der Psychoanalyse* [*Destrucción del lenguaje y reconstrucción. Trabajos preliminares para una meta-teoría del psicoanálisis*]. Fráncfort del Meno: Suhrkamp.
- Ricœur, Paul (1965). *De l'interprétation. Essai sur Freud* [*Acerca de la interpretación. Ensayo sobre Freud*]. París: Seuil.
- Roudinesco, Elisabeth & Michel Plon (1997-2000). *Dictionnaire de la psychanalyse* [*Diccionario de psicoanálisis*]. Nueva edición aumentada. París: Fayard.
- Segal, Hanna (1979). *Klein*. Londres: The Harvester Press.
- Skinner, Burrhus Frederic (1953-1977). *Ciencia y conducta humana*. Cuarta edición. Barcelona: Fontanella.
- Skinner, Burrhus Frederic (1957). *Verbal Behavior* [*Conducta verbal*]. Nueva Jersey: Prentice-Hall.
- Spence, Donald (1982). *Narrative Truth and Historical Truth. Meaning and Interpretation in Psychoanalysis* [*Narración de la verdad y la verdad histórica. Significado e interpretación en el psicoanálisis*]. Nueva York-Londres: Norton.
- Starobinsky, Jean (1973). *Psychoanalyse und Literaturwissenschaft* [Psicoanálisis y literatura]. En *Psychoanalyse und Literatur* [*Psicoanálisis y literatura*] (pp. 83-109). Fráncfort del Meno: Suhrkamp.
- Thomä, Helmut & Horst Kächele (1996). *Lehrbuch der psychoanalytischen Therapie* [*Manual de terapia psicoanalítica*]. Segunda edición. Berlín-Heidelberg-Nueva York: Springer.